

NOTAS

1. Schiller, F.: *Über die ästhetische Erziehung des Menschen in einer Reihe von Briefen. Sämtliche Werke*, vol. V, Munich, Hanser, pp. 571-573; trad. Manuel García Morente, Madrid, Espasa, 1968, pp. 13 y 15.
2. Traducido en Hegel, G.W.F.: *Escritos de juventud*, Ripalda, J.M. (ed.), Madrid, FCE, 1978, p. 220. Citar esta traducción no significa decidir sobre la autoría compartida y discutida del fragmento.
3. «Pues éste es el comienzo de toda poesía, abolir el funcionamiento y las leyes de la razón que piensa razonablemente, y trasladarnos de nuevo a la bella confusión de la fantasía, al caos original de la naturaleza humana, para el que hasta ahora no he conocido símbolo más hermoso que el abigarrado hervidero de los dioses antiguos» (Schlegel, F., *Rede über die Mythologie*. Traducción de Arnaldo J. en *Fragmentos para una teoría romántica del arte*, Madrid, Tecnos, 1987, p. 203).
4. Jünger, E.: *Der Arbeiter*, en *Sämtliche Werke*, vol. 8, Stuttgart, Klett-Cotta, 1981. Hay traducción de A. Sánchez Pascual, Barcelona, Tusquets, 1990.
5. Weiss, P.: *Die Ästhetik des Widerstands*, Fráncfort, 1988. Hay una traducción del primer volumen por J. Adsuard Ortega, Barcelona, Versal, 1987.
6. Trad. cit., pp. 69-70.
7. «Allí donde el pensamiento retrocede a la historia y al mito como a un medio suave o a nichos semioscuros, es que no se ha emancipado suficientemente. En las crisis se conjura a los héroes, se muestran las reliquias, pero ya no viene ninguna respuesta de allí» (*Der Arbeiter* (Adnoten), op. cit., p. 354).
8. «En la política, el arte de lo posible, no hay lugar para el sentimentalismo, y también en el arte de lo imposible, que abarca nuestras emociones, nuestra personal percepción de las formas y nuestro sentido poético, todo tiene que ser puesto bajo el signo de la necesidad. La belleza es acción. En las grandes hazañas descubrimos la armonía. Nuestro paradigma es Esquilo, el dramaturgo que también se armó de los pies a la cabeza para marchar al campo de batalla. Así el drama, la literatura, quedaron unidos para siempre a la autosuperación» (trad. cit., pp. 316-317).

La ética mostrada

CARLOS GÓMEZ SÁNCHEZ

UNED, Madrid

Se ha repetido muchas veces, desde Wittgenstein, que la ética es más para ser mostrada, que no para ser dicha. En realidad, el valor que los *ejemplos* tienen en la vida moral, había sido ya advertido desde Aristóteles. Buena parte de sus *Éticas* constituye una impresionante descripción de tipos o modelos que encarnarían diversas virtudes —o vicios—, por más que hoy estemos muy lejos de compartir sus valoraciones y algunas de ellas —precisamente las que Aristóteles colocó en la cima de la vida moral— nos puedan parecer, por decirlo con MacIntyre, «aterroradoras». Independientemente del contenido de las imágenes

que sobre cada uno hayan actuado como catalizadores de su vida moral, si repasamos ésta no nos será difícil descubrir el valor persuasivo que determinadas *vidas ejemplares* han ejercido sobre cada uno de nosotros. Al parecer Wittgenstein —cuya propia vida tiene mucho de ejemplar— cuando trataba de moral gustaba de comentar algunos «ejemplos» que hicieran reflexionar y tuvieran la fuerza persuasiva de la que la ética, si se quiere aproximar a la zona de sentimientos cálidos, que para ella reclama Aranguren, ha de verse acompañada. Modelos y ejemplos que tienen tanto más valor, cuanto menos impeca-

bles son, en cualquiera de los estúpidos sentidos —por decirlo unamunianamente— que esa estúpida palabra tiene.

Las anteriores consideraciones no pretenden encaminarse hacia la defensa teórica de la persuasión en la vida moral (labor que entre nosotros ha sido destacada además de por Aranguren —al realzar la importancia, junto a la *ethica docens* de la *ethica utens*—, por Victoria Camps), sino servir de breve prólogo a las breves reflexiones que quiero realizar sobre un hombre, nada relamido ni «impecable», pero muy ejemplar, como era Ignacio Ellacuría.

En realidad, casi todo lo que se pueda decir desde aquí, desde el Norte, y tanto más ahora que su figura ha quedado sellada como lo fue, temo que no pueda ser otra cosa que retórica, no en el sentido eminente que antes quería darle al término, sino en el más habitual y peyorativo. Cuando no fácil panegírico que se preocuparía más de componer nuestra buena conciencia con el piadoso manto de la alabanza al injustamente asesinado que de volver a pensar sobre qué nos pueda decir algo como lo ocurrido.

Sin embargo, incluso pasado el primer estupor de la noticia, precisamente cuando la noticia ya no lo es, creo que algo debe decirse, a fin de que el recuerdo lo siga siendo, y no quede disuelto por la marea sin fin de acontecimientos que, en su resaca, todo lo uniforma, todo lo arrastra. El olvido, no lo olvidemos, es una falta de honestidad.

Y tal vez lo único que pueda decir ahora, por elemental que ello sea, es que precisamente él fue un ejemplo de la ética más que dicha, mostrada. Desde luego pueden no compartirse sus últimas convicciones, pues es probable que esas cuestiones sean en definitiva irresolubles desde la pura argumentación teórica, aunque ésta nunca sobre. El propio Ellacuría dio buena prueba durante toda su

vida de su capacidad argumentativa, y de la razonabilidad de las suyas. Aunque no faltará quien piense que por más que sus matizadas posiciones pudieran contribuir a la liberación de los pueblos en los que principalmente desarrolló su labor no hacía sino cavar en la sima de la fatal dependencia de la ilusión teológica, la primera de la que se tendría uno que liberar. Posición que no parece venir avalada por la diversidad de funciones que la religión cumple en el amplio muestrario antropológico e histórico con el que hoy contamos, y que filosóficamente me parece controvertible. Aunque desde luego, y por más que yo no comparta semejante punto de vista, no es éste el lugar donde desarrollar ahora semejante controversia.

Antes de lo que finalmente ha acabado sucediendo tuve ocasión de manifestar públicamente la deuda intelectual y vital que tenía contraída con Ignacio Ellacuría, a raíz de un seminario que a comienzos de los setenta tuve la fortuna de realizar con él. Cuando bastantes años más tarde, y en un clima muy diferente, se celebraron en la Rábida unas jornadas sobre las «Implicaciones sociales y políticas de la teología de la liberación», patrocinadas por el Instituto de Filosofía del CSIC, y dirigidas por J.A. Gimbernat, volvió a impresionarme la finura del analista político, la agudeza del intelectual, y —con ser lo anterior mucho— la honradez irónica con los «honrados», la pregnancia de su discurso y, antes que nada, más allá de los acuerdos o desacuerdos que sobre los temas que se debatían se mantuvieran, la fuerza que su decir tenía, precisamente por no ser mero decir, sino por el valor de verdad que se mostraba. Un valor que sólo indirectamente puede lograrse, cuando se añade a la palabra y a la acción, como Aristóteles decía del placer respecto a la virtud, que se agrega a ésta, como la flor al fruto. Un cámara de televisión comentó en cierta ocasión,

con motivo de uno de los debates en que participó, que Ellacuría arrastraba a la cámara. No en vano se ha señalado que la verdadera elocuencia se burla siempre de la elocuencia. La suya se debía sin duda a que no era buscada, sino sobreañadida a esa síntesis de pasión y razón que supo hacer de su vida.

Trasponiendo un dicho kantiano podríamos decir: la razón sin la pasión es vacía, la pasión sin la razón es ciega. La vida y obra de Ignacio Ellacuría son una buena muestra —una muestra ejemplar— de plenitud y de lucidez, de fuerza y de inteligencia.

Poco hace al caso, el que su final no fuera un éxito. Pues los resultados importan, pero no son lo único, ni siquiera lo primordial. El que los sueños en flor casi nunca maduran es archiconocido, como decía Bloch. Pero ello no milita contra la razón de la esperanza ni contra la esperanza razonable. Razón y esperanza de las que nuestro mundo no anda ni mucho menos sobrado, por más que la estupidez y la autosatisfacción complaciente de una sociedad oficialmente optimista quiera hablar de la una y de la otra con cualquiera de los sucedáneos que no hacen en realidad sino impedir su emergencia. De modo que cualquier bagatela de las que el mercado ofrece (a quienes lo hace, pues esas apologías siempre olvidan el enorme lastre que el sistema se ve obligado a arrojar sobre el tercer y cuarto mundos) alimenta la ilusión de otorgar sentido; la racionalidad antiutópica pretende presentarse de nuevo como la realista utopía racional (olvidando una vez más también que eso de «ser realista», como denunciara A. Neussüs, es ya de por sí un ideal además de, generalmente, una farsa) y la simplicidad del hombre de las «ideas modernas» —diciéndolo con Nietzsche—, se considere por encima de todas las cuestiones con el prurito de su saber técnico y con la cultura del

«víps» y los sermones dominicales que gustosamente compra en la prensa, y que le ponen al tanto y de vuelta respecto a lo que a asuntos «morales» y del «mundo» se refiere... Otros más sesudos hablan ya del *fin de la historia*, pues ¡qué vamos a discutir ya, si todo está demostrado por la fuerza de los hechos y la bondad del sistema irradia con luz cegadora! Mientras unos se ajetrean en los «hiper», los «víps» y los «bobs», y otros por más que quieren remitimos a la fuerza de los «hechos» no dejan de mostrar un entusiasmo apocalíptico por sellar todas las cuestiones, un hombre como Ignacio Ellacuría seguía denunciando cuatro días antes de su muerte la inmensa miseria que se desarrollaba en el borde mismo del inmensamente benéfico imperio.

En cualquier caso, yo no pretendo aquí entrar en el análisis de esos problemas que los que administran la «racionalidad» dicen están resueltos. Pero tampoco hacer un esbozo hagiográfico de I. Ellacuría. Creo, sin embargo, que (sin olvidar desde luego el valor de su persona, que no puede diluirse ni instrumentalizarse, por más que para nosotros la reflexión sobre ella pudiera ser útil) su vida y su obra se convierten también en un símbolo. El símbolo de todos aquellos que mueren injustamente en el dolor. Que los verdugos no triunfen definitivamente sobre sus víctimas inocentes era lo que le llevaba a Horkheimer a la nostalgia por lo totalmente Otro. En un mundo que es oficialmente optimista, pero que camina sobre la masa de todos aquellos insignificantes, que parecen no contar para poner su mano en la rueda de la historia, el tomar —intelectual y vitalmente— partido por todos esos perdidos, con los humillados y ofendidos, con todos los desarrapados que por vivir en los márgenes no pueden tener la posibilidad de la compostura para pasar a formar parte de lo que la vanidad de la gente satisfecha lla-

ma la sociedad, es trasmutar los valores de esa misma sociedad, sus logros y privilegios. Privilegios que, en la mayoría de los casos, probablemente no sean, como decía nuestro A. Machado, sino «cosas muertas».

Y esto no lo digo naturalmente, para desear una vida como la del pueblo latinoamericano que —en muy gran medida— es indeseable y de la que es preciso salir. Pero tampoco para erigir como modelo una sociedad que, por autosatisfecha que esté, camina sobre el cuerpo de otros entregados a la nada.

Cómo poder hablar de un Dios de vida en medio de ese mundo de miseria era la pregunta, el resorte que puso en marcha a los teólogos de la liberación. Por cierto que ellos detectaban en medio de esa miseria —y no por autocomplacencia, claro, sino como baluarte frente a ella, a pesar de ella— una mayor capacidad de vivir y hasta de alegría que en la de nuestras cansadas sociedades. «Nuestra alegría es más fuerte que todo el vino que beben en sus fiestas», dice un salmo de E. Cardenal. Como observó en una ocasión, G. Gutiérrez, no hay por qué extrañarse de ello: lo contrario de la alegría no es el dolor, su contrario es la tristeza. En medio de las miserias y el espantoso dolor en el que ellos decidieron vivir, observaron mucha resignación pero también mucha capacidad dispuesta, paciente y apasionadamente, a vivir de forma que mereciera la pena, que fuera digna de nosotros. Señalaba antes que la vida y la muerte de Ignacio Ellacuría se había convertido en un símbolo. Sí, como decía Ricoeur, «un símbolo invita a pensar», yo creo que el símbolo que él su-

pone nos debe invitar a pensar y, si preciso fuere —como a veces indudablemente lo es—, a cambiar de manera de pensar. A pensar y —como en todo verdadero pensamiento— a transformar, en la medida de lo posible, el mundo en torno y, también, a nosotros mismos. Y a pesar de todo, ser capaces de mantenernos en el dolor, irrefutable, que esas muertes muestran. Dolor que no se erradica ni siquiera con el ejemplo que de ellas pudiéramos obtener. No para quedarnos agarrotados en él, sino para preservándonos de cualquier utilización, esbozar el recuerdo de la historia de la pasión de nuestro mundo. Quizá entonces es cuando podríamos intentar un duelo que no fuera ni triunfalista, a costa del mártir «útil», ni paralizador, sino el único que dignamente nos es factible. Al cabo, como decía el poeta, «sólo sabemos que se nos fue por una senda clara diciéndonos: *hacedme un duelo de labores y esperanzas*. Sed buenos, y no más».

La incapacidad de duelo lleva a la apatía vital. El ser capaces de abrimos al dolor de los pisoteados de la historia (no en sí ni en él, sino como recuerdo y esperanza de un mundo en el que justamente no nos doliera) nos puede llevar a intentar a hacer del mundo y de nosotros algo mejor. Aunque siempre nos quedarán pendientes, y en vilo, preguntas inútiles, sin tierra ni sin fecha donde posarse. Preguntas sin respuesta, que nos preservan sin embargo de ratificar la trivialidad como suprema verdad. Esas preguntas, sin utilidad, pero con sentido, que nos llevan a pensar que hay algo en el mundo que no concuerda.